

PASAJE AL ACTO DE AMOR¹

*Didier Lauru**

Traducido por Psic. Educ. Virginia Brignoni

La pubertad va a llevar al adolescente a adquirir un cuerpo adulto sexuado. De bien entonces apto para practicar relaciones sexuales. Su cuerpo se lo autoriza, pero ¿es este un criterio suficiente para pasar al acto de amor? Sobre todo a la luz de los criterios meta-psicológicos que hablan del abordaje del otro como un sujeto aparte, entero, alderego con el cual sería posible practicar relaciones sexuales llamadas genitalizadas, adultas.

La práctica clínica con los adolescentes muestra la frecuencia y, según mi opinión, el aumento de las sexualidades precoces que yo llamaría provisoriamente disociadas. Es decir, clivadas de afecto y que se aproximarían más a una sexualidad infantil que a una sexualidad adulta. La idealización del hecho social de la adolescencia refuerza y favorece este tipo de prácticas sexuales precoces entre los adolescentes.

Este tipo de sexualidad, según la mirada de mi clínica con adolescentes y curas de adultos, no ocurre sin perjuicios psicopatológicos, o sin resonancias sobre la sexualidad adulta, y es sobre esto que yo trataré de rendir cuentas.

Una pequeña precisión, mi propósito se sitúa en una sexualidad libremente consentida entre adolescentes, yo no me pongo en la postura de moralizador o en la postura de padre recatado, mi propósito se sitúa en el cuadro de una tentativa de marcación estructural de los modelos de aproximación de la sexualidad en el adolescente, en particular de los momentos

1. Trabajo publicado en "Adolescense, Monographie" ISAP, 2000.

* *Psiquiatra. Psicoanalista. Médico Jefe CMPP, Etienne Marcel, París.*

de balance, en donde el sujeto adolescente puede posicionarse como reconociendo al otro en su diferencia sexuada y en su globalidad.

Y por consecuencia de que ese otro no sea instalado en el rango de objeto parcial de placer.

La pubertad

El inicio de la pubertad marca el comienzo de la transformación del cuerpo del niño que progresivamente va a transformarse en un cuerpo de adulto.

El desarrollo de los órganos genitales y la aparición de los caracteres sexuales secundarios van a autorizar, al menos potencialmente, al adolescente a practicar relaciones sexuales genitalizadas. Esta transformación corporal es progresiva, pero es necesario recordar el carácter progresivo y repentino de los procesos adolescentes intra-psíquicos que yo propongo reagrupar bajo el término: problemáticas adolescentes.

El inicio de la pubertad es una condición necesaria pero no suficiente para la aparición de las problemáticas adolescentes.

Mediante una báscula de indentificaciones, las identificaciones parentales pasan ahora a identificaciones con los pares o con las figuras heroicas, míticas, incluso idolatradas: estrellas de rock o rap, actores, campeones deportivos... Algunos describen la reaparición de los procesos de separación-individuación.

Pero existe innegablemente un trabajo mayor alrededor del narcisismo, en tanto que el adolescente es un sujeto narcisista por esencia. Hay que agregar a esto que no existe amor sin fractura del cascarón narcisista.

El sentimiento amoroso, el advenimiento del sujeto enamorado.

El carácter disfásico de la sexualidad humana ha sido señalado por S. Freud a principios del siglo. Hay que recordar el escándalo que su teoría sobre la sexualidad infantil provocó en la Viena y en la Europa puritana de aquel tiempo. La particularidad de la latencia es propia al humano, junto con el lenguaje, y no es sin consecuencias. Después de la estabilización o la cicatrización del Edipo la fase llamada de latencia, va a adorme-

cer lo pulsional. Con el despertar de la pubertad la retoma de la sexualidad va a intervenir pero sobre un cuerpo en profunda confusión.

El adolescente debe pasar en un primer momento por el desfiladero de su sexualización. El sujeto deberá situarse en su propio sexo y tendrá entonces que soportar los significantes de su sexo anatómico. Reencontrará a través de los otros los escollos y los límites de su bisexualidad psíquica. Una vez situado en su propio sexo, el sujeto se verá confrontado a sus elecciones de objeto que se le imponen en la mayoría de los casos.

La masturbación es, como cada uno sabe, practicada bastante copiosamente como en eco de un auto-erotismo infantil. El otro es cocificado pero podrá sin embargo tomar una consistencia particular en la construcción de su fantasma.

Es así que el otro, el objeto sexual nuevo, se distinguirá de los objetos edípicos y será susceptible de obtener el rango de persona total objeto de amor. Ya que sería tiempo de introducir la cuestión del sentimiento amoroso en la problemática adolescente. La corriente llamada tierna, en términos freudianos va a preceder a la corriente sexual, en la mayoría de los casos.

El enamoramiento.

Existe un cierto número de preliminares el enamoramiento. Este término es una palabra del lenguaje francés que no es usado corrientemente en el lenguaje contemporáneo. Define a la toma del sujeto en el encuentro amoroso. Me parece necesario subrayar la toma en masa del sujeto en el proceso amoroso y dar cuenta de la progresión de este sentimiento y de la inestabilidad del mismo.

La báscula de indentificaciones va de la mano con el cambio de objeto. El movimiento va progresivamente desde los objetos edípicos hacia los otros objetos de amor, aunque esta traslación no siempre es fácil. Pues es toda la cuestión del sentimiento amoroso y del posible acercamiento con el otro, lo que está aquí en juego.

Los adolescentes nos hablan de los cambios de objetos amorosos con una cadencia a veces muy impresionante. Como si funcionaran sobre un modelo de ensayo y error.

En muchos casos, estos sentimientos amoroso no han podido ser

transmitidos o comunicados e incluso menos verbalizados al otro ser querido. Esta es una característica interesante de los cambios de objetos en la adolescencia, como si fuera necesario varios intentos para finalmente encontrar el objeto adecuado. Que lo será por lo menos durante un tiempo.

La metáfora que podría reflejar mejor esto sería la de un pintor delante de su tela, que pasaría varias manos sucesivas bajo el plano del intento varios bosquejos parciales, antes de dibujar y de pintar el conjunto de su composición.

La corriente tierna forma parte integrante del sentimiento amoroso que S. Freud calificó de “amor verdadero” o de “amor propiamente dicho”, contrariamente al amor exclusivamente sensual que se limita de hecho a la única satisfacción de la necesidad sexual y donde bien frecuentemente se ve disminuir considerablemente la atracción del objeto una vez obtenida la satisfacción.

El amor disociado.

El amor cortés ha sido practicado y sobre todo cantado durante los siglos XII y XIII. Consiste en un sentimiento amoroso prevalente que es relegado a la pasión pero cuya característica principal es que sea excluido de esta relación todo comercio psíquico o sexual, por lo menos durante un primer tiempo.

- De amor

El “De Amore” de A. Le Chapelain es un libro sorprendente escrito en el siglo XII que presenta una primera parte celebrando a la mujer, la cortesía y el predominio del amor, y una segunda desarrollando un antifeminismo exacerbado.

Inspirado por el recuerdo de Ovide, pero también por el entorno de Chrétien de Troyes. El autor parte de la definición de amor para interrogarse sobre la búsqueda permanente de la perfección erótica y sobre el esfuerzo constante de rebasamiento.

El amor no puede efectuarse en la coacción, de este modo la cortesía excluye el casamiento. Puesto que “el cuerpo de la mujer pertenece a su amo” en la relación conyugal, no puede existir el “*fin’ amors*”. La purificación se obtiene de los obstáculos que el amante opone al deseo, quien,

sin esto, se condensaría en la materia bruta del “*amor facilis*”. En ningún caso se trata de un amor desencarnado o espiritual. El autor precisa que “el amor es una pasión natural que nace de la vista de la belleza del otro ser y del pensamiento obsesivo de esta belleza”.

La dama “no debe librarse, proporcionalmente a los méritos del amado más que por grados y según el proceso previsto”. El autor precisa las cuatro graduaciones: dar esperanzas, ofrecer un beso, brindarse al gozo de las caricias más íntimas y hacer un don de toda su persona.

Existe a veces entre el segundo y el tercer estadio el ofrecimiento del anillo, de la sortija. El fin supremo, siempre renovado es el “*joy*”, diríamos el gozo nosotros actualmente, que se atenúa por “*l' amor purus*” en donde los amantes permanecen castos “*nudus com nuda*”, o por “*l' amor mixtus*”, donde la unión se consume “en el verger o bajo las sábanas”.

- Asag

Variante particular del amor cortés correspondiente a lo que yo citaba hace algunos instantes “*nudus com nuda*”. El Asag se define por descarte con la unión conyugal. Asag significa en Occidente intento o experiencia. La esposa, en la edad media, como en tantas otras épocas, es llevada a vislumbrar el acto sexual más bien como un deber conyugal y como un servicio necesario para la procreación. También el amor cortés rechazó la dominación del hombre y ha intentado introducir en la pareja la reciprocidad de la amistad, de inventar, como la Asag, una ternura adecuada. El juego erótico, en efecto, consiste en el gozo de la desnudez, desplazando el placer de las zonas erógenas a la vista. Pero, al mismo tiempo, el tocarse y las caricias permiten un placer difuso, sin orgasmo masculino; el hombre tiene derecho a la erección, no a la eyaculación. La mujer, por el contrario, descubre el orgasmo clitoriano. La prueba de amor encarnada por el asag es un paroxismo de continencia y una decisión de impudor. Es por ello que el don de los corazones liga de una manera irreversible a los amantes cortesos, sea cual sea la dificultad de su situación.

La palabra y la caricia, ahondan el deseo sin saciarlo, permitiendo al amor, vivido hasta ahora como relación de fuerzas, integrar la reciprocidad de la amistad. Podríamos agregar que el deseo se agudiza y que los enamorados cortesos eligen deliberadamente diferir la satisfacción de su deseo a una fecha indeterminada. Esto tenía como consecuencia un aumento del deseo y una insatisfacción, ella misma factor de rechazos y de

síntomas.

Después de estas disgresiones que no pueden más que ilustrar la idealización del amor que estaría clivado en amor carnal y amor tierno, de la misma manera que el punto de referencia de S. Freud del clivaje entre la corriente sensual y la corriente tierna.

En la alegría tomada de los placeres temporales del amor y de la buena querida, trasluce menos el uso legítimo de los privilegios de la existencia que una manera de exorcizar la muerte y de precipitarse en una carrera contra la nada. Si bien la muerte no conduce todavía el baile con el siniestro rigor con el cual lo hará en la época de las danzas macabras del siglo XV, el gozo aparece como gravado por este pecado mortal que hace morir más allá de la muerte.

Esta sensación de eternidad que inspira el acto de gozar, G. Bataille lo ilustra con delicia cuando escribe en *La Experiencia interior*: “yo recordaba haber conocido una felicidad (...) con mucha nitidez en el auto cuando llovía y los setos y los árboles (...) salían de la bruma primaveral (...). En ese momento yo pensaba que este gozo ensoñador no cesaría de pertenecerme, que yo viviría de ese momento en adelante abastecido de poder gozar melancólicamente de las cosas, de aspirar las delicias”.

Paradójicamente, es G. Bataille, cuyas teorías sostienen el carácter insoluble del gozo y de la muerte y quién plantea la hipótesis quien mejor da cuenta de la prohibición pronunciada de siglo en siglo contra el gozo.

Podríamos preguntarnos si no se trata de un avatar histórico el hecho de que los adolescentes deban atravesar y repetir sobre su marcha hacia la relación amorosa más global incluyendo la corriente tierna y la corriente sensual.

Se trata aquí de un amor tan idealizado que no supondría ningún pasaje por el acto de amor carnal. Nosotros encontramos en la clínica muchos adolescentes que queda fijados en este estadio de la relación amorosa que representa una forma de disociación de la relación con el otro.

Pasaje al acto de amor.

Por el contrario, otra forma de disociación está encarnada en estas sexualidades precoces actuadas de las cuales nosotros estamos hablando

en esta mesa redonda. Yo insisto acá en el descarte entre una sexualidad actuada sobre el plano físico y una gran inmadurez, aún una impreparación sobre el plano de sus afectos. Si bien estas relaciones precoces está marcadas con el sello del clivaje que les permite poner a distancia sus sentimientos. Pero por el otro lado es una sexualidad cuya naturaleza infantil está por demostrar en la medida en el que el sujeto tome al otro en la relación sexual bajo una forma de un objeto parcial, el sexo del otro del cual se podrá gozar.

Permanece entonces en una sexualidad infantil hecha de objetos pequeños o de objetos parciales. Es un tiempo en el cual la síntesis de objetos parciales parece imposible e impensable en ese estadio en el cual está el adolescente construyendo su estatuto de sujeto.

La báscula de las indentificaciones no es efectuada más que de una manera muy parcial y los objetos parentales todavía están presentes de una forma preponderante.

Los adolescentes enuncian esto bajo el modo “debo hacerlo”. El imperativo está aquí enunciado y el acto no es incluso nombrado. Cuando lo es, es la palabra “relación” que es utilizada, como si se re-apropiaran del término médico pero evitando su característica principal que es el significante “sexual”.

Este tipo de sexualidad precoz es actuada una vez, luego frente a la decepción se desarrolla un largo tiempo de inactividad sexual antes de comenzar de nuevo la sexualidad, sin duda el tiempo de efectuar un trabajo de adolescencia.

Los experimentados son frecuentemente decepcionados, no estando a la altura de lo que podía ser esperado. Pero esto sucede a cualquier edad y yo los reenvío a la lectura del artículo de S. Freud sobre el tabú de la virginidad en donde él evoca, entre otras, la decepción del primer encuentro sexual en la joven.

Estos actos sexuales precoces cuando son practicados por dos adolescentes inmaduros parecen como una suerte de masturbación entre dos. En donde el otro sexual no es visto más que como un objeto parcial fuente de placer. En el mejor de los casos no es posible pasar a otro tipo de relación más globalizante, en la cual se pudiera descubrir una síntesis de las pulsiones. Ella llevaría hacia una aprehensión del otro como un ser global pudiendo ser fuente de un amor tierno y de una atracción sexual, las dos reunidas sobre una misma persona. Estamos entonces en las sexuali-

dades poliformas como no sea en el registro perverso, sabiendo por otro lado que a la edad del adolescente, no es raro encontrar faces transitorias de la perversión, en particular expresándose en el registro de la sexualidad actuada. Este tipo de sexualidad habrá que distinguirla de lo que S. Freud describe como una sexualidad adulta únicamente volcada hacia la satisfacción sexual en el adulto, que recubre según mi opinión otro modo de clivaje distinto a la disociación que yo intento describir.

Otro caso está representado por jóvenes adolescentes que se eligen compañeros de más edad que ellas con descartes a veces importantes. Este tipo de relaciones encarna un compromiso mal reglado entre sentimientos edípicos fuertes y aspiraciones a otras imágenes de identificación. He aquí una pequeña viñeta clínica de un control en donde se me relataba el recorrido de una jovencita de 13 años que tenía relaciones sexuales seguidas con un joven de 25 años aproximadamente, al cual ella se sentía obligada a ceder “para que él no se vaya”. Sin embargo, para conservar su integridad, ella se quedaba con su soutien en los encuentros sexuales, como una forma de preservar alguna cosa de ella misma (¿su corazón?).

Posibles consecuencias

Es un lance para nada, si podemos hablar de esta manera. Nosotros debemos interrogarnos sobre esta apetencia a actuar, sobre aquello que podríamos calificar de pasaje al acto sexual.

Sobre el plano técnico de la mecánica amorosa, parece dibujarse una tendencia bastante asombrosa: los adolescentes, frecuentemente durante sus primeros ensayos de sexualidad, intentan un poco todas las configuraciones y las “posiciones”, aquí también para poder decir “yo lo hice”.

Por el contrario, sin embargo la vivencia en un momento posterior puede ser considerablemente modificada. Un encuentro sexual donde el adolescente estaba perfectamente de acuerdo puede ser vivido ulteriormente como traumatizante y la vivencia puede aproximarse a la de un abuso sexual. En efecto S. Freud nos indica que la pubertad sexualiza en un segundo tiempo recuerdos que no habían sido percibidos bajo ese ángulo en el momento del evento. El detalle que nosotros podríamos agregar a esto paradójal es que la vivencia realmente sexual de la relación sexual no podría ser percibida más que en un tiempo posterior. Esto reforzaría la

hipótesis de que estas relaciones sexuales precoces serían más del orden de las relaciones sexuales infantiles que de las adultas genitalizadas. Es aquí que podríamos hablar de trauma en un tiempo posterior.

Cuando, más tarde, el adolescente abordará la sexualidad genitalizada adulta, las consecuencias podrán ser entre otras un rechazo o una evitación de la sexualidad, y si esta es practicada, se acompañará de fantasías displacenteras que impedirán el acceso al placer en la mujer.

Esto es lo que los adultos nos relatan, ellos viven estas experiencias precoces como habiendo sido forzadas y traumáticas al a vez que tienen el recuerdo de la realidad de su consentimiento e incluso de la intensidad de sus propios deseos de descubrir la sexualidad (en aquella época).

En conclusión

La precocidad no está verdaderamente ligada a la edad sino más bien al grado de madurez del adolescente, podríamos decir rápidamente, de hecho a su grado de avance en las problemáticas adolescentes.

Los primeros juegos sexuales sobrevienen generalmente demasiado temprano, pero las configuraciones que yo acabo de describir son tan prematuros que no suceden sin consecuencias en el abordaje de la sexualidad por venir.